

La confianza de una fe sin medidas: la dignidad de la mujer cananea

Serie: Reflexiones al Evangelio Dominical | Portal: gustarinternamente.org

Autor: Alejandro Navarro | Provincia Jesuita de Centroamérica

■ Ficha Técnica

Fecha de Publicación:	16 de agosto de 2026
Texto Bíblico:	Mateo 15, 21-28
Eje Temático:	La fe perseverante de una mujer doblemente excluida interpela las dinámicas de exclusión y el individualismo religioso en Centroamérica.

I. ARTÍCULO / REFLEXIÓN ESCRITA

El Evangelio de este domingo (Mateo 15, 21-28) nos sitúa en una escena de profunda densidad humana y social. Jesús se retira hacia la región de Tiro y Sidón, y le sale al encuentro una mujer cananea que rompe el silencio con un grito de auxilio:

«¡Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio».

Para comprender la magnitud de este gesto, conviene mirarlo con ojos sociológicos. Esta mujer ocupaba un lugar de **doble exclusión** en la sociedad de su tiempo: era mujer y era extranjera (pagana). En las estructuras patriarcales y etnocéntricas del siglo I, su voz no tenía legitimidad. Era, en términos actuales, una persona invisibilizada por las costumbres, las jerarquías de género y las fronteras étnico-religiosas.

Esa experiencia de doble discriminación no es lejana a la realidad centroamericana. En nuestras sociedades, millones de personas —especialmente mujeres indígenas, afrodescendientes, migrantes, campesinas o habitantes de zonas periféricas— siguen ocupando posiciones de exclusión múltiple. El relato de la cananea nos obliga a preguntarnos: ¿a quiénes estamos haciendo invisibles hoy en nuestras comunidades, iglesias y estructuras sociales?

La fe que reconoce al Señor (y desafía las fronteras)

El contraste del relato es conmovedor y sociológicamente revelador. Mientras muchos que pertenecían al pueblo escogido dudaban de Jesús o lo rechazaban, esta mujer extranjera toma el peso de su sufrimiento familiar y lo deposita con absoluta confianza a los pies del Maestro. No se acerca reclamando derechos por su origen ni buscando privilegios; se hace presente por la lucidez de su fe. Reconoce en Jesús al Señor y al Hijo de Dios con una claridad que recuerda a la del centurión romano.

Frente al silencio inicial de Jesús y, sobre todo, frente a la reacción de los discípulos —que preferían apartarla para evitar la incomodidad de sus gritos—, ella persevera. Aquí aparece una dinámica muy actual: la tentación de la comunidad “cerrada” de expulsar lo que molesta, lo que interrumpe el orden o lo que pone en evidencia nuestras limitaciones. Los discípulos actúan como muchas instituciones y grupos hoy: priorizan la comodidad del “nosotros” sobre la necesidad del “otro”.

En Centroamérica, esta lógica se repite en múltiples escalas. Se manifiesta cuando las comunidades eclesiales o barriales miran con sospecha al migrante, al diferente, al que “no es de aquí”. Se manifiesta también cuando el sufrimiento de las mujeres —especialmente el de las madres que cargan solas con enfermedades, violencia o pobreza— se vuelve invisible o se considera un “asunto privado”.

La insistencia de la cananea no es terquedad vacía; es la postura de quien sabe que solo en Dios —y no en las estructuras de exclusión— está la respuesta a su dolor.

Una oración desde la humildad y la certeza

Cuando Jesús le recuerda las prioridades de su misión (“No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos”), la mujer no se ofende ni se retira amargada. Con una sabiduría admirable y una humildad profundamente digna, recoge la imagen que se le propone y la transforma en un acto de abandono confiado:

«Sí, Señor; pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos».

Ella sabe que una sola palabra de Jesús, una sola “migaja” de su gracia, es más que suficiente. No necesita un lugar de honor; le basta la certeza de la misericordia de Dios. Sociológicamente, este gesto es subversivo: una mujer excluida no reclama un lugar en el centro del poder, sino que confía en que la abundancia de Dios desborda las fronteras que los seres humanos construyen.

La respuesta de Jesús es un elogio que atraviesa los siglos:

«¡Mujer, qué grande es tu fe! Que se haga como quieres».

Una enseñanza para nuestra fe en Centroamérica

La figura de la mujer cananea nos deja una lección fundamental para la vida cristiana y social en nuestra región. Nos enseña que la oración y la fe auténticas no se basan en credenciales, méritos, títulos o pertenencia a un grupo “correcto”, sino en la confianza absoluta en el poder y la bondad de Dios. Y, al mismo tiempo, nos confronta con nuestras propias prácticas de exclusión.

En un contexto marcado por el individualismo creciente —lo que podríamos llamar el “cristianismo de isla”—, donde muchas personas prefieren una fe privada, cómoda y sin interpelaciones comunitarias, la cananea nos recuerda que la fe verdadera cruza fronteras. Nos invita a presentarle al Señor nuestras situaciones de dolor y límites con la misma dignidad, claridad e insistencia. Pero también nos exige revisar a quiénes estamos dejando fuera de nuestras mesas, de nuestras oraciones y de nuestras comunidades.

Su ejemplo nos asegura que la oración humilde, perseverante y confiada nunca cae en el vacío. Y nos desafía a construir comunidades donde la dignidad de los excluidos no sea solo un tema de discurso, sino una práctica cotidiana de reconocimiento, escucha y solidaridad concreta.

Notas y referencias

1. Texto litúrgico del XX Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo A). Lecturas: Isaías 56, 1.6-7; Salmo 67; Romanos 11, 13-15.29-32; **Mateo 15, 21-28**.
2. La mujer es identificada como «cananea» (Mt 15, 22). El término evoca la antigua población de la tierra prometida y subraya su condición de extranjera. En el paralelo de Marcos (Mc 7, 24-30) se la llama «sirofenicia».
3. La expresión «Hijo de David» (Mt 15, 22) es un título mesiánico. Que una mujer pagana lo use revela una fe que reconoce la identidad de Jesús más allá de las fronteras étnicas y religiosas de Israel.
4. El diálogo sobre las «migajas» (Mt 15, 26-27) recoge una imagen cultural de la época. La mujer no discute el orden de la misión, sino que confía en la sobreabundancia de la misericordia de Dios, que desborda las fronteras humanas.
5. El elogio «¡Qué grande es tu fe!» (Mt 15, 28) es uno de los pocos casos en los que Jesús alaba explícitamente la fe de alguien, junto con el centurión romano (Mt 8, 10). Ambos son extranjeros.
6. Desde una perspectiva sociológica, el relato ilustra dinámicas de exclusión múltiple (género + origen étnico-religioso) y la capacidad de agencia de los sujetos marginados. En el contexto centroamericano actual, dialoga con las experiencias de mujeres indígenas, migrantes, afrodescendientes y de sectores populares que enfrentan barreras estructurales similares.

Reflexión preparada para gustarinternamente.org — Provincia Jesuita de Centroamérica.